los ocios momentáneos y charlatanes; los días de pago en que el dinero parece que quisiera salirse del bolsillo; premiar un mes de privaciones y de esclavitud; cuando los casados se permiten comprar un vestido de percal para la esposa ó un cartucho de caramelos para los chicos, y cuando los solteros esbozan idas al teatro, se posesionan de la corbata de á peso que lleva una semana de tentarlos detrás de los cristales del camisero á la moda, y fuman un puro de "La Prueba" y en "La Concordia" piden un café con brioche y dan al mozo una propina de plata, entonces hay que convenir en que los peligros se aumentan, se multiplican, invaden á la débil muchacha que, de pronto, ha de sentirse mal, fuera de su centro, lastimada con las brutalidades masculinas, hasta que se hace á ellas y les encuentra atractivo y desvanecida resbala entre los brazos de un jefe calavera ó de un compañero pervertido. Mi error, si acaso, consistió en adelantar los sucesos, en dar por hecho lo que sólo fué un proyecto; sírvame de abono uno que otro descalabro de ese género, narrado en corrillos y con pormenores picantes, de maestras municipales consagradas por igual al cultivo del amor y al pastoreo de la infancia, No me importa que de veras hayan sucedido ó nó,

bástame que el público creyera que sucedieron y sobre todo, que sean posibles, que las premisas sean reales y sólidas.

Para los accesorios del esbozo, vale decir, para pintar los inconvenientes del acercamiento de ambos sexos, no hice sino acordarme de las cátedras de telegrafía, galvanoplastía, etc., de nuestra Escuela Preparatoria; de las de obstetricia en la de Medicina, á las que asisten señoritas. A pesar de que dentro de clase el orden y el respeto son absolutos, cruzan de tiempo en tiempo miradas que acarician, que ceden y que protestan; y más de un estudiante habrá perdido el curso, por ganar el corazón de alguna condiscípula. Si en aquel entonces hubiera sabido ya los estragos que en las escuelas europeas hacen las pasiones de sus alumnos; si hubiera sabido cuántas de las rusas nihilistas que concurren á la Sorbona, por ejemplo, han puesto fin á su desgracia en las mansas aguas del Sena ó han perseguido al amante olvidadizo y ligero por las "casas amuebladas" del barrio latino, no habría yo tenido vacilaciones y habría hecho más hincapié en lo de los peligros de las oficinas; pero los dramas que en las de Europa y en las de los Estados-Unidos se verifican sin que la estadística los divulgue ni prostituya, no los supe hasta muchos años después.

Por último, y para dar vida á la familia de don Isaac Cortijo, me fué suficiente revivir á cualquiera de las familias pobres que son el excedente de todas las ciudades ¡ he conocido tantas! Me fijé en una, un matrimonio y dos hijas, de dieciocho años la una y de catorce la otra; el padre, con un empleo mísero, la madre enferma; viviendo todos en humildísima vivienda de populosa casa de vecindad; el patio empedrado, con su caño en el centro, descubierto y sucio; contra los guijarros, camisas recién lavadas, con los brazos extendidos, como persona desmayada en su caída, y gallinas hambrientas y muchachos desarrapados; la escalera, á la intemperie, un niágara de agua negra en la época de lluvias; los corredores de la vivienda, grises y desconchados. Aún veo la sala, desnuda, los ladrillos del piso rojos á fuerza de fregarlos; un sofá de crin, con barrancos alpinos en el asiento, una pata de menos y apoyado contra la pared; media docena de sillas de tule; junto al balcón, las muchachas sobre sus bastidores, aprovechando para los bordados la última claridad del crepúsculo, y encima de la cónsola, también de pino, un cuadro de canavá con vidrio, que representa un perro de lanas multico-

lores, con esta inscripción al pie, hecha de letras doradas y de imprenta:

- " A mi adorado papá en el día de su santo". De ahí saqué á mi heroína, de ese medio sombrio, sin apiadarme de su virginidad. Interrumpí su bordado, la arrebaté á sus padres; dejé á éstos á medio concluir la novela sin empastar de Pérez Escrich que les prestaría el vecino de la " principal" y que leerían por la noche, á la macilenta luz de una vela de sebo; la arranqué de su única distracción: asomarse los domingos al balcón, sonreírle desde ahí á un novio anónimo que la haría soñar con el casamiento, con su casita "suya", con los chiquitines que la llamarían mamá y á los que ella querría con toda su alma...

Al cuarto esbozo lo apellidé "Uno de tantos", porque el artículo de que me ocupo abunda más de lo que fuera de desearse. Esos cariños por las actrices francesas que nos visitan una vez al año, se generalizan hasta alcanzar las proporciones de positiva epidemia; diríase que México es una de las islas novelescas que carecen de mujeres y á

donde con caridad intermitente, arriban barcos

cargados del delicioso fruto que, de Adán acá, remueve todos nuestros apetitos; tal es la precipitación de los elegantes en adquirirlos y disfrutarlos á cualquier precio, sin reparar en los desperfectos que traen consigo, desperfectos del camino, de los años, de su ninguna higiene. En nada se repara; ¿ es mercadería de París, cómicas francesas? y se hace agua la boca, se exponen la salud y la fortuna se corre tras ellas con ceguedad de hambriento y liberalidades de millonario. Per supuesto, son las coristas las que mejor resisten el asalto, por ser las más en número y las que exigen menos; las primeras partes se las reservan los audaces y los adinerados. Yo las conozco al palmo, lo mismo á las unas que á las otras; en mi amor por los escenarios y en mis cinco años de periodista las traté diariamente, en el hotel, en la redacción, en los ensayos y en los entreactos; poseo, con autógrafos, los retratos de la Judic, de la Théo, de la Pirard; les consagré críticas galantes, ramos de flores baratas y, Dios me lo perdone, hasta versos! Por la Théo, me firmaba La Cocardière en recordación de una de las obras que representa con mayor gracía: La Jolie Parfumeuse; á la Judic casi la privo sin quererlo de una perra diminuta que le habían

regalado y á la que ella dió el pomposo nombre de "Marquise", resbalóseme de entre las manos y se le torció el cuello con el golpe; á la Pirard la seguí hasta Puebla, como pretendiente, formando un grupo de familia ella, su padre y vo. Era belga esta última y aproveché su nacionalidad para mostrarle el orgullo de esa ciudad heroina: los fuertes de Guadalupe y de Loreto que doblegaron al pabellón francés en la jornada memorable del 5 de mayo del 62. Benditos fuertes! resistióse el padre de la Pirard á subir á ellos la ascención es penosa - y ella y vo trepamos de la mano, riendo de las piedras, arrancando rosas, la mañana fresca, el sol acabado de despertar. En una de las fortalezas, tomamos resuello sentándonos en uno de los antiguos cañones españoles que sirven de cabalgadura á los hijos del guardián ; la esposa nos vendió dos vasos de leche; se oía el canto de un gallo oculto; una vaca, con la cara vuelta hacia nosotros rumiaba yerba, y nos miraba, nos miraba con sus ojos grandes y tristemente curiosos. Le expliqué la batalla á la artista. Recorrimos el fuerte medio derruído, y apoyados en un bastión le dije que allí había estado el coronel Fulano y que yo estaba en Puebla porque la quería mucho; tonterías que la hacían reir, azotarme el rostro con una rama, y que de cuando en cuando, le coloreaban la cara defendida con un velito blanco y las grandes alas de su sombrero de paja. El viejo se impacientó, nos llamaba con el pañuelo, y en el descenso, junto á un árbol, sin que supiéramos cómo, perdió ella un beso que yo encontré acurrucado entre mis propios labios...

Con coristas he cenado más de veinte veces, allá en los gabinetes altos de "La Concordia", las he oído hablar de grandezas, las he visto dárselas de modales elegantes, distinguidos, y romper una ensaladera ó derramar el vino sobre los manteles; las he visto frente á los escaparates de las joyerías hacer cálculos con los dedos y robos con la mirada; las he oído en los ensayos, formar alianzas defensivas, pasarse el cliente que paga bien, hablar pestes del que paga mal. Y no me indignaban ¿por qué? En su crasa ignorancia, figúranse un viaje á América como una enormidad; nos creen con plumas y nos hallan con billetes de banco; nos suponían salvajes y nos encuentran de frac, tratándolas con más finura que sus amantes de la Villete ó de las fortificaciones, y claro, la noticia circula, se hace público que América enriquece y con cada compañía nueva de opereta,

se nos cuela una nube de langosta de gorro y guantes.

El "caso" que yo pinto es exacto, exceptuando la ida de Carlos á una casa de juego, que no garantizo, pues no me consta. Necesitaba llevarlo para justificar el que nada obsequie á la diva en la noche de su beneficio y también para poner de manisiesto que era un "carácter" más dispuesto á seguir la buena vía que la mala. El resto es fotográfico; la ida á los toros; la discusión acerca del sexo de la perrita; la borrachera en el restaurant; la noche del beneficio con la música militar en el peristilo del teatro, éste colgado de banderas y coronas, la enorme cantidad de regalos; los celos brutales del corista hombre por las infidelidades de la corista mujer ; la acogida halagüeña de que disfrutan los periodistas, todo es cierto, todo está tomado del natural. Varié el fin de la aventura, debido á que me parece más lógico el que yo le dí que el que tuvo; es más propio, en efecto, que una de esas mujeres no dé á amorcillos que cosecha en sus viajes una importancia extraordinaria; que se entregue con mayor ó menor dosis de capricho al amante de paso como habita el hotel, sabiendo que es por pocos días y procurando, en consecuencia, sacarle todo el jugo posible. Después,

se paga la posada y se dice adiós al enamorado; una y otro la acompañaron, le dieron lo mejor que tenían; la posada, el cuarto con balcón á la calle, con los muebles de lujo, y el enamorado la cartera con sus billetes más gruesos, el corazón con sus latidos vírgenes y su sed de afecto. El mar, el camino, las ciudades nuevas le amortiguarán el recuerdo, le harán confundir las caras de los vivos con las caricias de los muertos...

En esta ocasión falló la lógica; yo ví en la estación, al partir el tren, que la diva y Carlos se abrazaron delante de todo el mundo, conmovidos, diciéndose algo al oído, y cuando levantaron la cara, en la de ella había lágrimas y en la de él amor y sufrimiento.

El esbozo "Vendía cerillos" con que termina el volumen, estaba destinado en un principio á ser el cuarto; pero me salió tan á gusto, lo escribí con tanto cariño, que le designé el último lugar para que el lector, si conmigo opinaba, conservara la mejor impresión posible de mi libro y, por otra parte, para no dar á éste proporciones demasiado grandes. Y lo que sucede siempre; lo que el autor ama la crítica lo detesta; en México lo encontraron romántico y falso y aquí en Buenos Aires, falso y romántico. En cambio, tengo á mi favor algunos llantos femeninos que yo sé derramados en holocausto de mi pobre fosforero "Sardín" y la satisfacción íntima de que á mí la historieta continúe gustándome como obra ajena.

La genealogía de mis dos protagonistas es muy poco complicada, callejera y vulgar; son dos chicos nacidos de la tierra, que viven en las calles y mueren en la sombra; el varón vende fósforos, periódicos, reparte programas de toros, revende contraseñas de teatro; la hembra vende flores y billetes de lotería; entre los dos no alcanzan treinta años. No tienen apellido porque no tienen padres, y la rara vez en que éstos aparecen, hasta ellos los explotan y los martirizan; son, en fin, dos miembros de ese batallón de infantes que existe en todas las ciudades y que nos persigue, nos importuna con los diarios, con los fósforos, eon su industria.

El original de que me serví para modelar á "Sardín", llamábase Ismael Millán, y digo llamábase, porque ignoro qué habrá sido de él. Poseía apellido casualmente, 14 años de edad, un traje de harapos, talento y un sombrero de palma; no

posefa zapatos, ni moralidad ni instrucción; los días en que empleaba el agua, veíase bello, triunfaba la infancia al través de sus arrugas prematuras de perdido, y la infancia será eternamente bella; los días en que no se lavaba, que eran los más, su aspecto no era seductor, parecíase al de sus compañeros, negro, sucio, repulsivo. Tenía Ismael un débil aristocrático: los cigarrillos habanos; preferíalos á una propina de cobre, los fumaba con delicias de sibarita y con gestos de refinado, aislándose en la puerta de un café ó en el banco de un parque. Iba todos los días al café de Iturbide, con otros cinco ó seis desarrapados que evacuaban nuestras comisiones galantes : llamar un coche, entregar un ramo, vendernos una "vuelta" de teatro, prender un cerillo al aire libre para que encendiéramos el cigarro. Ismael me fué simpático; su viveza, sobre todo, me cautivó, y lo declaré mi edecán; en aquella época no podía permitirme mayores lujos. Servíame á maravilla, conocía á mis conocidas, encontrábame en cualquier sitio, sabía quienes eran mis amigos, cuál mi trabajo, cuáles mis costumbres y aún alguna ocasión, se atrevió á violar la consigna del hotel y se entró á mi cuarto, jadeante, espiritual y hablador. Comencé á protejerlo, pues sólo un sér

así podía utilizar por entonces mis protecciones. Lo hice repartidor de planta de El Diario del Hogar y renunció á poco; conveníale más la venta libre, sin responsabilidades ni tanto por ciento. Cuando Isidoro Pastor montó una zarzuela de aparato en que figuraba un océano, le conseguí un papel que le encantó: hizo de ola! metido debajo de una tela y dando saltos á su capricho, con otros individuos, para simular el oleaje. Ganaba una peseta por cada representación y quedó ya de artista; el empresario bien podía ocuparlo en las piezas que reclaman niños, y así acaeció en efecto. Era tan tunante y me agradeció tanto mi intervención, que solía exclamar cuando yo le oía:

- Al señor le debo mi carrera!

En lo íntimo me llamaba "niño". Sospeché que se torcía, pues una noche que pasaba yo por el Portal del Coliseo Viejo, presencié una cosa que no entendí de pronto. Junto á una de las alacenas en que venden panes rellenos y cenas acartonadas y frías, el dueño había cogido de las orejas á un granuja que chillaba; el dueño debía estar furioso, repetía las frases de "ladrón", "sin vergüenza", "canalla".

— ¿ Qué le ha sucedido á vd? le pregunté acercándome. — Pues una friolera! Guardaba yo en un rincón los pescuezos y las cabezas de las gallinas que mato para mi comercio, significaban mi cena, y desde hace dos semanas que noche á noche desaparecían, sin ruído, como si se las llevaran los ratones. Hoy he pillado á este ladrón, cuando robaba, y no lo suelto hasta que no venga el gendarme.

- -¿ A cuánto asciende la pérdida?
- Serán tres reales, repuso después de un cálculo mental.
- Si se los doy á vd. ¿ quiere vd. soltar á este muchacho?...

El muchacho era Ismael, mi edecán. No me dió las gracias, me acompañó hasta la Plaza, caminando á mi lado, sin chistar. Al separarse, no pude evitarlo, me besó una mano y por la cara le resbalaban lágrimas, lágrimas que ví brillar con los reflejos de la luz eléctrica.

Lo perdí por diverso tiempo, y otra noche se aproximó á saludarme, cual si surgiera de las piedras.

- ¿Dónde has estado?...
- Niño, he estado en la Correccional; le juro á vd. que ha sido una injusticia. Nunca he vuelto á robar... ni volveré.

El chico decía verdad, la sentí y quise premiarlo.

- Véte á tomar café, guarda esta peseta.
- ¿ Me permite vd. que lo tome á lo decente?...

Subióse al pescante del coche que nos conducía á un amigo y á mí. En la puerta de "La Bella Unión" no lo dejaban entrar. Intervinimos y se instaló ante una mesilla de mármol, pegó en ella un manazo y pidió café. Echábale el camarero miradas de basilisco, mas tuvo que servir al parroquiano. Y cuando concluyó Ismael, sacrificó la peseta toda, peseta que con su ingenio le representaba muchas cosas; pero eso sí, se pagó un capricho de monarca: tutear al camarero, á la clase á que éste pertenecía, vengó antiguas expulsiones y puntapiés antiguos.

- ¿ Cuánto debo? preguntó secándose la boca.
- Un real (no lo sabes acaso?...
- Es cierto, puedes guardarte de propina el que te sobra!... Y atravesó el salón orgulloso, sonriente y descalzo, silbando un trozo de la zarzuela en que había hecho de ola.

Desde aquella noche determiné escribir su biografia, tanto más cuanto que le conocí su primer amor, una chiquilla despabilada y perversa que

si no ha parado en lo que yo la hago parar, será por un milagro inexplicable de casualidades. Prometía ser linda é Ismael la adoraba; me consta por sus confidencias y por haberlos sorprendido en dos 6 tres reyertas al aire libre. La crítica me ha echado en cara el suicidio de "Sardín" sin otra razón que la de ser un pelagatos incapaz de amar hasta el sacrificio, según ella, según yo, nó. Mi "Sardín" pudo muy bien suicidarse por amor, aunque no se llame Werther o René, aunque no supiera leer ni escribir ¿ por ventura el corazón entiende de letras? ¿por ventura los fosforeros carecen de corazón? El que de veras quiere, hombre ó mujer, pobre ó rico, ilustrado ó ignorante, corre idénticos riesgos; si se ve correspondido, poseer la gloria; si engañado, apurar los infernales tormentos del desengaño que trae consigo entre otras cosas, el homicidio, el suicidio del cuerpo ó lo que es mucho peor, el suicidio del alma!

Excusado agregar, que la vida de esas desdichadas criaturas, la aprendí de buena fuente, de la boca misma de Ismael, pulimentando la forma pero sin suprimir ó aumentar nada de mi cosecha. El libro concluído, ordené la impresión, ayudado de don Ramón Uriarte, director de La Bandera Nacional.

Tipográficamente hablando, no me satisfizo, habría podido hacerse algo mejor, pero ¿ qué me importaba? Había 3000 ejemplares nuevecitos, apilados en la legación y, cada uno de ellos, aunque mudo é impasible, anunciaría á la fuerza una nueva adonde quiera que llegase:

- El aparecimiento de un literato más!

Ponte, outre identeres s'espesses et et la retue de la contraction de la contraction

Boothone faculty agents a serious assets

energy of in que es mucho peor, al suscitio det

Excuents agreement guio la vidarda exas desde-

la bora mierra de brancol, pulmentando lasiorma

pero sia suprimir o symentar mada de un osse-